

Gabi Martínez

Las defensas



Gabi Martínez reconstruye la historia real del doctor Escudero, un neurólogo que sufrió un brote de locura durante el cual trató de hacer daño a sus seres queridos. Tras un diagnóstico erróneo, fue internado por sus colegas en un psiquiátrico y recibió tratamiento para una enfermedad mental. En ese momento comenzó su lucha por demostrar su verdad, que lo llevó a enfrentarse a la comunidad médica. Por una increíble casualidad de la vida del todo improbable, padecía una enfermedad neurológica todavía no descubierta, una rara enfermedad autoinmune que él mismo había investigado.

La historia del doctor Escudero es la historia de este país desde la Transición hasta hoy; es la visión del sistema de salud, un sistema completamente corporativo y centrado en intereses económicos; es la historia de gente que lucha por conseguir fondos para la investigación médica y también la historia de un hombre corriente, de un luchador que se llevó por delante a su familia en su obsesión por la medicina, y que tuvo que abrirse camino en el sistema médico español contra el *bullying*, la burocracia y el estrés, para pasar de ser considerado un loco a convertirse finalmente en uno de los médicos más eminentes en su especialidad.

Índice de contenido

Un segundo para dos años

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

¿Otra vez empanadillas?

Mi sistema defensivo

Autor

*Para Gabriel y Eloísa,
el origen de mi sistema defensivo*

La mente, como dicen los neurofilósofos, está totalmente encarnada.

SCOTT STOSSEL,
Ansiedad

Vivir en un mundo seguro es peligroso.

TEJU COLE,
Ciudad abierta

Vaya al corazón del peligro, pues allí encontrará la salvación.

Proverbio chino

UN SEGUNDO PARA DOS AÑOS

La mañana que Camilo Escobedo apareció en mi vida, hacía sol y estábamos rodeados de libros. El día de Sant Jordi había lanzado a la calle centenares de historias perturbadoras, divertidas, terribles, eróticas, historias más o menos singulares que abarrotaban estanterías y tenderetes a lo largo de un territorio inmenso. Pero el espectáculo no le intimidó.

—Tengo una historia que podría interesarte —me dijo cuando abandoné la mesa donde había estado firmando ejemplares de mi último libro.

Yo debía acudir a la siguiente firma y disponía de «un segundo» que él exprimió diciendo que era neurólogo y que durante una época de su vida se había vuelto loco. «Loco de verdad», sonrió. Quedamos para una semana después.

En la primera cita, el doctor Escobedo reconoció ser un incondicional de las novelas de Philip Roth y haber leído entero *En busca del tiempo perdido*. Asumió una significativa base literaria que le había hecho plantearse escribir él mismo su aventura, si bien, como su memoria estaba agujereada por los períodos de enajenación, y como los hechos acaecidos le afectaban moralmente, creyó que sería mejor contársela a «un profesional» y confiar en la seductora fuerza del relato.

Han transcurrido casi dos años desde aquella mañana radiante. Casi dos años durante los que Camilo ha estado presente a diario en mi vida facilitando hasta un extremo

que *a priori* me habría parecido impensable la narración de una odisea verdadera. Su compañía ha sido tan estrecha que, por primera vez, no me he sentido solo escribiendo.

Ésta es la historia de un neurólogo que, en enero de 2006, enfermó por causas desconocidas y fue internado en el psiquiátrico. Durante algún tiempo, insultó y agredió a personas a las que amaba, además de a unos compañeros con frecuencia superados por la inédita circunstancia de verse obligados a atender a un colega. Luego necesitó más de un año para recuperarse. Pero lo hizo.

Aquí se contempla cómo un hombre bien educado, doctor, habitante de la privilegiada ciudad del primer mundo que es Barcelona, empezó a perder el control, en gran medida por lo que varios especialistas han definido como «causas medioambientales». Se intuye qué pudo provocar esa debacle. Y qué, el renacimiento. Por otra parte, hay matices que aúpan esta aventura a una cota insólita, formidable. Un médico ha afirmado que el de Camilo es un caso entre tres mil millones. Se trata de una historia con varias caídas y ascensos, hasta ese punto ha influido en el doctor Escobedo la pasión por las montañas. Es padre de cuatro hijas, tres con su exmujer y una con su actual esposa, también neuróloga. Mujeres y niñas con las que ha compartido esta, literalmente, extraordinaria historia de amor y violencia que sin duda aporta un ángulo insospechado del oficio de vivir. Esta historia, en fin, basada en hechos reales.

1

Respira y come. Nadie ha sugerido que debamos limitarnos a eso pero todos los de esta mesa respetamos la coordenada. Respira y come. Se trata de superar un día más. Las cucharas golpean el fondo del plato y oigo cómo se desliza el caldo por la garganta del anestesista sentado junto a mí. Desde que mi mundo aumentó su imprecisión, defino mejor los sonidos, los colores, como si esta nueva confusión pulimentara lo fundamental.

Imagino el caldo deslizándose por el esófago hasta mezclarse con los restos de cocaína resistentes en el organismo de Juan. Juan no tuvo reparos en confesar su adicción, aquí casi nadie los tiene. Para eso estamos. Al menos, ellos. En general, mis compañeros de mesa son adictos a las drogas. La mayoría lo achaca al estrés y la depresión. Tienen la suerte de haber localizado el motivo de su derribo y de disponer de palabras para detallar cómo cayeron. A veces no saben emplearlas, pero las conocen y podrían pronunciarlas en cualquier momento. También poseen una historia que les permite más o menos comprender la razón por la que se les internó. Yo no.

—Mi hijo me trae por el camino de la amargura —dice de nuevo la cleptómana desde la silla de enfrente. Está obsesionada con ese hijo que la desobedece, le roba, le pega, la insulta—. No sé qué es lo peor —solloza la mujer, como de costumbre.

Me enfurece detectar el timbre de su voz porque siempre entona el mismo tema: su hijo. Sólo habla de él. Y nos

castiga a todos con su penitencia. Alguien debería cerrarle la boca. Pero que sea otro. Yo soy un buen chico, según mi madre. Buen chico. Es la definición que más he escuchado sobre mí, aunque ya figure como padre de cuatro hijas, me haya separado de mala manera después de infligir un calvario a mi exmujer, me haya alcoholizado una buena temporada y haya engañado a conciencia y planeado cómo destripar a un hombre.

Las etiquetas suelen estar mal colgadas, el drama aparece cuando alguna de ellas te condena más de lo esperado. Estoy tan seguro de no ser un buen chico como de no padecer ningún tipo de psicosis ni trastorno bipolar. Estas definiciones las decidieron otros pero al parecer debo someterme a ellas. Creo haber comunicado a los doctores mi intuición de que padezco algún tipo de enfermedad orgánica, si bien nadie atiende a mis protestas porque, como la autoinmunidad es mi campo de investigación preferente desde que empecé a estudiar medicina, mi diagnóstico destila un aire de ensimismamiento redundante perjudicado por la evidencia de que, por muy neurólogo que sea, estoy loco.

Asumo desajustes mentales, sí, pero desde el fondo de este desequilibrio sé que mis colegas han errado el diagnóstico que aún no me han comunicado. No hace falta que lo hagan: conozco la medicación que me obligan a consumir. Y sé que se equivocan. Quizá se deba a la precipitación. Necesitaban despacharme, hacerme desaparecer. Los médicos enfermos proyectamos mala imagen sobre el gremio y, además, yo soy neurólogo. Porque supongo que aún lo soy. ¿Lo soy? ¿O el loco lo absorbe todo? ¿Qué queda del doctor Escobedo en mi forma de pensar? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Respira y come.

La comida de este centro es el mayor placer de las últimas semanas. ¿O son meses? ¿Cuánto tiempo llevo así? De segundo sirven paella. Durante un rato, compruebo la se-

paración de los granos de arroz. No se pegan, una gran novedad teniendo en cuenta la bazofia grumosa que servían en los sitios anteriores. Estoy comprendiendo mejor el porqué de la mala fama de la comida de hospital.

—Esta noche voy a llamar a mi chico —dice la cleptómana.

Los demás engullen cucharadas de arroz en silencio. Todos menos Amalia miran al plato. Amalia es una enfermera de unos sesenta años que asegura recordarme de mi etapa como residente en el Hospital del Mar. Amalia convivía con una hermana a la que no soportaba. Cayó en una depresión devastadora. A su lado, Gema agarra el vaso con las dos manos y lo acerca a los labios despacio para que los temblores a causa de la medicación no le hagan derramar el agua. Es cirujana. Gema no cuenta lo que tiene pero yo le diagnosticaría una depresión con componente psicótico. A mi derecha, un especialista en medicina interna igualmente depresivo corta con preocupante lentitud un pedazo de conejo. A mi izquierda, el anestesista descarta la paella porque es vegetariano.

Continúa resultándome sencillo establecer el diagnóstico diferencial de los enfermos, y esa certidumbre me anima. Parece que el doctor Escobedo se mantiene bastante incólume en medio de la devastación. Debería consultarme. Visitar me a mí. El problema es que no sé muy bien quién soy, o cuántos. Hay una parte de mí que reconozco, la duda es por dónde vaga el resto de mi persona, que sólo percibo a retazos. El vacío se abre en las últimas semanas, o meses, porque del resto de mi vida me acuerdo bien. Cuando intento recomponer lo sucedido, las escenas fulguran sin orden. A veces son limpias pero avanzan entrecortadas y no llegan a un final. A veces relampaguean instantes difusos que provocan escalofríos o emociones que no siempre identifico pero me dejan furioso o temblando. No debería estar aquí. Yo no soy como esta gente. No estoy enganchado. No debería haberme sentado con estos patéti-

cos adictos y depresivos a comer esta riquísima paella de mierda. ¿Quién me ha encerrado? ¿Por qué?

Golpeo la mesa con un puño. No debo haberle dado muy fuerte porque nadie deja de comer. ¿La he golpeado? Miro el pliegue del puño, que permanece pálido, sin marcas de un impacto reciente. Ni siquiera me duele. No percibo el eco de la madera en los huesos. ¿La he golpeado?

Respira y come.

Desearía renunciar a la comida para expresar mi malestar pero la paella me reconforta demasiado y no voy a desperdiciar uno de los escasos buenos momentos del día. Alguien me toca un hombro.

—Pasa por mi despacho cuando termines —dice uno de los doctores.

Hace años colaboré con él enviándole pacientes sospechosos de alzhéimer. Sé que es neuropsicólogo pero no recuerdo su nombre, aunque tampoco el de los demás. En una semana he hablado con cinco médicos que se supone que analizan mi caso. No logro distinguir si hay uno principal, de manera que desconfío de todos. Un enfermo debe sentir la cercanía de su médico de referencia, alguien que avance junto a él, que le acompañe, le sugiera. Le tranquilice.

—Bueno, Camilo. Vamos a seguir viendo cómo estás —dice el doctor Alzheimer al otro lado de un escritorio de nogal nacarado que huele a abrillantador.

No me ha preguntado cómo estoy porque cree saberlo mejor que yo. Era mi compañero. Siento una enorme fragilidad y pequeñez y desamparo. El doctor abre una carpeta llena de test neuropsicológicos iguales a los que alguna vez he usado con mis pacientes. Ahora me va a pedir que diga *peseta, caballo, manzana*. El doctor pide que repita sus palabras:

—Peseta. Caballo. Manzana.

No sé si respondo bien. Por favor, que llegue pronto la hora del yogur y las galletas.

Saca el primer test. Temo que me haga dibujar la figura compleja de Rey, no creo ser capaz. Empieza con otro test, fiel al procedimiento. Reconozco esa prueba de memoria visual. Cuando me enfrento a un cuadrado dividido en cuatro partes me invade una vergüenza profunda porque recuerdo el estado de muchos pacientes a los que yo mismo atendí. La vergüenza se transforma en humillación al descubrirme incapaz de responder con solvencia. Dudo ante cada pregunta. Mi lengua se ralentiza aún más. Titubeo, diría que he equivocado vocales, puede que incluso sílabas. La conciencia de desamparo aumenta mi bloqueo. Supongo que he obtenido una puntuación ridícula aunque el rostro del doctor se mantiene impávido. Con mecánica profesionalidad, anuncia que va a proceder a mostrar un dibujo que deberé definir. Aunque entiendo todo lo que veo, sólo estoy seguro de dar respuestas de garantías cuando enseña lo que meses más tarde descifraré como «acordeón».

—Piano plegable —respondo.

Y como «tienda de campaña»:

—Casa plegable.

La serie completa de test dura alrededor de tres horas pero diría que no llevamos más de cuarenta o sesenta minutos cuando el doctor cierra la carpeta y dice muy bien, se acabó. Sin duda, no hemos completado la serie porque ni siquiera me ha propuesto enfrentar la figura de Rey. Eso significa que mi merma es espantosa. No habré puntuado mucho más de cinco sobre cien. Espantosa. Floto en una burbuja de idiotez insondable sintiendo odio y desprecio hacia mí, y sólo un poco, muy poco, de piedad.

¿Qué piensa ese hombre al contemplar el deterioro de un ser humano que días antes se habría podido sentar donde él? ¿Le afecta mi decadencia? ¿Podrá imaginar la sensación de ser un enfermo mental?

—¡Camilo!

Le miro. Parece que me ha llamado varias veces. Los labios del subespecialista dan permiso para regresar a mi habitación en compañía de la enfermera que aguarda bajo el dintel. Atravesamos el pasillo desierto donde retumban ruidos opacos y algún grito aislado de los internos que se entretienen en la sala de estar. De una pared cuelga la famosa foto de los obreros que almuerzan sentados en una viga sobre Manhattan. Después de los test, me convendría ir asumiendo que mi estancia en este centro se va a alargar. No sé si lo soportaré aunque aceptaré callado lo que me impongan. Ahora soy un inválido. Los tacones de la enfermera amplían la angustiada impresión de vacío y soledad mientras avanzamos a la crepuscular luz de una tarde de marzo sobre el suelo resplandeciente que aún huele a lejía matizada por algún jabón de flores.

Antes de dejarme solo, la enfermera se cerciora de que trague cuatro pastillas nuevas. Obedezco, no estoy en disposición de discutir. Debo confiar en mis compañeros. Me tumbo boca arriba en la cama mirando a un techo que no veo. Las cápsulas se deshacen simultáneamente en mi estómago proyectando una dosis extra de química hacia el cerebro, donde siempre he vivido. Todo se lo he entregado a él. Al cerebro. A la medicina. Todo. Un poderoso sentimiento de desesperanza equiparable al del amor no correspondido satura la habitación. Hay algo demasiado arbitrario en esta realidad. Había leído sobre injusticias y sobre la ingratitud de algunos destinos pero aquello eran literatura y leyendas, y siempre pensé que mis esfuerzos serían compensados, que nada es vano. La falta de culpables y la insistencia en atribuirme el peso de la debacle no evitan que se expanda la impresión de haber sido traicionado. Pero los sentimientos que suelen adherirse a ese lastre, como la rabia y la decepción, ceden al empuje de una tristeza que me asfixia. Me asfixia. Abro la boca para respirar.

Respira.

Coloco la palma de mi mano abierta en el pecho a la altura del órgano que me riega. Cuento cada latido. La tristeza no bastará para matarme hoy.

La televisión emite un concurso que algunos internos desparrramados por la sala pretenden seguir con atención mientras Laura me va ofreciendo el diagnóstico diferencial de varios de ellos. Como enfermera curtida, presume de acertar más que los doctores que nos tratan, al menos a primera vista. Comparto con ella varios diagnósticos de depresión, un bipolar y el de la dentista con evidentes deficiencias de control de impulsos, pero se le escurre un ejemplo palmario de ideación paranoide que ella interpreta como intoxicación farmacológica. Le señalo el error riendo a carcajadas desde el fondo de mi catatonía.

—¿Te estás burlando? —pregunta.

Niego sacudiendo la cabeza sin dejar de reír, atropellándome por responder aprisa y no enfadarla. La he visto furiosa una vez y, por mucho que diga que ese día la enajenó el efecto de la medicación, prefiero que no se irrite.

—¿Y yo? —le pregunto—. ¿Cuál es mi diagnóstico?

La enfermera depresiva guiña un ojo como si apuntara por una mirilla, inspira sonoramente, dice:

—Tú eres normal.

—O sea, que no lo sabes.

—Tienes cosas distintas a los de aquí. Lo tuyo es raro, porque igual te quedas mudo que sueltas un diagnóstico perfecto. Ahora que lo digo..., tú sólo hablas normal cuando salen temas médicos. Quizá por eso te han enviado aquí. ¡Al hospital de médicos!

Se pone a reír sola.

Es cierto. Sólo participo en las conversaciones cuando abordan asuntos de la profesión. Me intriga la resistencia de mi capacidad para diagnosticar. Como si hubiera preservado mis facultades médicas de la agresión. Del trastorno.